

**LA VICTORIA  
TIENE PRECIO**

**ESTEBAN GRECIET**

Título: La victoria tiene precio  
Autor: Esteban Greciet ©  
Maquetación: y portada: HiFer A.G.  
Edición: HiFer Editor  
Impresión: HiFer Artes Gráficas - [www.hifer.com](http://www.hifer.com)

ISBN: 978-84-942262-6-7  
Dep. Legal: AS - 01680 - 2014  
Registro de la Propiedad Intelectual nº 05/2013/306



[www.elsastredeloslibros.es](http://www.elsastredeloslibros.es)

Esta obra está basada en hechos y personajes históricos aunque pertenece al género de la ficción literaria

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

*«Con la rebelión de 1934, la izquierda perdió toda  
autoridad moral para condenar la de 1936»*

(Salvador de Madariaga, 1978)

*A los jóvenes que lean este libro,  
para que conozcan  
unos hechos dramáticos de nuestra Historia  
y juren evitar que se repitan.*

## Capítulo I: PRELUDIO DE SANGRE

La noble ciudad vivía la fiesta. Un sol decadente y perezoso naufragaba muy lento en el ocaso coloreando de rojo las nubes y los montes. Las hojas secas de los árboles, caídas sobre el asfalto, anunciaban el inminente otoño.

Era un atardecer de aquel septiembre, cargado de presagios, cuando Oviedo simulaba un festejo en el que diluir la inquietud que flotaba en el ambiente. La brisa agitaba los tilos del paseo como al compás de la música de baile que llegaba del quiosco del Bombé, preludio de una noche de verbena.

Altavoces asmáticos mezclaban sus mensajes en la confusa algarabía del real de la feria en La Herradura, con sus tiros al blanco, dos reales el disparo; el singular Teatro Don Paquito, sedicente espectáculo culto y moral propio para familias, que pregonaba supuestas “varietés”... Y el lento carrusel de sube y baja, tiouvivos infantiles, la tómbola que rifaba al minuto cace-

rolas, muñecotes y pollos... Poco más, pero menos que en años anteriores.

Flotaba en el ambiente un olor a fritanga y sudorcillo. Bombillas de colores adornaban la escena, y en el paseo, las escasas parejas bailaban pasodobles y chotis. Más arriba del parque, el Campo de Maniobras, donde el Circo Corzana anunciaba atracciones estelares, con Vargas, temerario domador, y sus siete feroces tigres de Bengala; el Gran Piloña, audaz funambulista; las lindas patinadoras del Báltico; Tony y Emilio, los Hermanos Díaz, pareja de payasos populares...

La ciudad vivía la víspera festiva del apóstol Mateo como por compromiso con la tradición, ocultando de paso los problemas oscuros de una creciente crispación social. El temor aumentaba cada hora entre una población dividida por la ya insoportable tensión política. De un lado, los agraviados por un régimen que estimaban hostil; del otro, quienes postulaban una revolución antiburguesa, sin medias tintas, mientras que la violencia callejera amenazaba la misma legalidad republicana.

Y en el medio, una modesta clase de asalariados, artesanos, modistillas, domésticas... Gentes sencillas y sacrificadas, sin otro patrimonio personal que su fe, su trabajo y su familia. “Por favor, no nos hable de política”, repetía un aviso en los escaparates de las tiendas.

Con el fin de evitar situaciones de riesgo, quedaban suspendidas las corridas de toros. El programa festivo no ofrecía mayores alicientes que tres verbenas, un partido de fútbol

amistoso y, en el Día Grande, tras la misa solemne en honor del apóstol Mateo, el previsto desfile mañanero de los gigantes y los cabezudos al son de pasacalles de la banda.

Aquel turbador atardecer ovetense descendían del autocar de línea, “El Carbonero”, dos mineros de Langreo algo sofisticados en su atuendo: corbata, zapatos lustrados y visera calada sobre los ojos. Con paso apresurado, se dirigieron a la redacción del diario “Avance”, en la esquina de las calles Caveda y Altamira.

Sobre un plano de la ciudad, el director del diario, Javier Bueno, expuso el plan de acción de aquella noche, advirtiendo la necesidad de mantener el máximo secreto:

- Cuando llegue el momento, que no puede tardar, recibiréis la consigna. Todo empezará con la huelga general revolucionaria convocada por Largo Caballero como jefe supremo. Hay que memorizar las órdenes, los lugares, las horas, los nombres y la contraseña que os he dado. La información conseguida será anotada en la clave prevista. Cualquier paso en falso puede ser fatal.

El periodista, tras dirigir a los reunidos unas palabras entusiastas sobre la Revolución rusa de 1917 y la urgencia de que el proletariado plantara cara al fascismo rampante en Europa, tomó un tarjetón y, con gesto sacramental, lo partió en cuatro partes de forma irregular y entregó la superior izquierda a Celso Antuña, el jefe cenetista de la célula, y la inferior derecha

a Isaac de la Fuente, militante del sindicato UGT. Los tres se despidieron levantando el puño:

Hasta la victoria, compañeros ¡Salud!

- ¡Salud!

A la misma hora, en Ablaña, tomaban sus billetes de tren para Oviedo Zenón Iglesias, del Bloque Obrero y Campesino, barrenista en el pozo Nicolasa, y Norberto Salazar, de la Federación Socialista Asturiana, obrero especialista en Fábrica de Mieres.

Solos en el departamento, comentaron las últimas jornadas, las huelgas en las cuencas mineras, el cierre patronal de Gijón, los incidentes del gran mítin de la CEDA en Covadonga y el accidentado alijo del buque “Turquesa” frente a la ría de San Esteban la semana anterior.

El día nueve de aquel mismo septiembre, millares de afiliados y simpatizantes de la Confederación Española de Derechas Autónomas, CEDA -filofascista, según los viajeros - se habían concentrado en el Real Sitio de Covadonga bajo el lema “Por la reconquista de España” frente a un rumbo político que consideraban disolvente.

La izquierda toma el acontecimiento como una provocación, ordena en la provincia una huelga general como protesta y trata de sabotear la multitudinaria concentración, deteniendo trenes, abatiendo árboles y postes sobre las vías, sembrando de tachuelas las carreteras próximas a la Santa Cueva y aún con



el incendio de varios vehículos, hazaña en la que, no sin regocijo, se atribuía una participación el joven viajero Zenón, entre tacos y blasfemias:

- ¡Si vieras cómo ardían los coches de los fascistas!
- Lo tuyo es la gasolina, eso está claro.
- ¡Y la dinamita!
- Por supuesto. ¡Pues no fue nada lo del “Turquesa”!
- Si no lo hubiera visto, no lo habría creído, compañero.

Ambos evocan los detalles de la operación, capitaneada por Indalecio Prieto. El barco fantasma, con un valioso cargamento de armas y municiones de contrabando, destinado en principio a otra operación clandestina en el extranjero, tenía prevista su arribada el día 11 de septiembre frente a la playa de Aguilar en Muros del Nalón, un lugar discreto y despoblado.

En las proximidades, se había situado una caravana de vehículos de todo tipo, varias camionetas de la Diputación Provincial, taxis de afiliados a UGT, el automóvil del diario “Avance”, un par de lanchas a motor y hasta un coche fúnebre. Dispuestos a ayudar, no menos de un centenar de militantes del partido, que hicieron una y otra vez las señales luminosas convenidas sin resultado.

Emisarios en motocicleta recorren en plena noche las proximidades de la costa y descubren que un error del capitán había llevado el “Turquesa” a la desembocadura del río Nalón, en la bocana del puerto entre La Arena y San Esteban de Pravia.

La ruidosa caravana parte hacia su nuevo destino, después de sembrar de tachuelas la carretera de Cudillero con objeto de paralizar la previsible presencia de la Guardia Civil. Pero la aparatosa operación, ya en la madrugada del día 12, no pasa desapercibida al vecindario que da cuenta a la autoridad. Se consigue, no obstante, una tan apresurada como accidentada descarga de algo más de la mitad del cargamento, mientras el resto sería más tarde incautado por las fuerzas de orden público.

Una patrulla de Asalto y varios guardias civiles consiguen recuperar parte del alijo, que fue llevado al cuartel ovetense de Santa Clara, y detener, cuando huían en automóvil, a Ramón González Peña, Indalecio Prieto, Amador Fernández y Belarmino Tomás, responsables de la operación.

A las tres de la madrugada, era avisado telefónicamente el gobernador civil que, rezongando, se levantó de la cama para replicar:

- Que me llamen solamente si hay sangre. Ya hablaremos mañana.

Y se volvió a acostar.

Indalecio Prieto, a quien le bastaría su inmunidad parlamentaria, intentaba explicar su presencia en la zona por una cita íntima con una conocida señora, cuya identidad no era discreto revelar. Al día siguiente, todos los detenidos fueron puestos en libertad.

Salazar comenta su huida a bordo de una de las dos motoras que, repletas de armamento, subieron río Nalón arriba a toda velocidad, perseguidas sin resultado, por una lancha de carabineros. Y cómo armas y municiones esperaban el momento de entrar en acción dentro de los más diversos escondrijos: cuevas, talleres, hórreos, varas de hierba, casas de labranza, sacristías, la bóveda de la iglesia de Valduno, así como tumbas, nichos y mausoleos de cementerios en Oviedo, Las Regueras, Llanera y municipios cercanos.

- Como sabrás - comentó Salazar-, tenemos almacenado un arsenal enorme, del que lo del “Turquesa” es sólo una pequeña parte.

De tiempo atrás, eran sustraídas sin problemas armas y municiones en las fábricas de Oviedo y Trubia, en cuarteles, polvorines y armerías. Hubo compras de armamento en Eibar y en Toulouse, recuperaciones de partidas recibidas como chatarra en los altos hornos de Duro Felguera, saqueo constante de cartuchos de dinamita en las minas de la región. Y así, hasta componer una gran dotación de material de guerra para millares de futuros combatientes. Un arsenal heterogéneo, de diferentes procedencias y calibres, que crearía problemas de manejo y piezas de recambio.

- Date cuenta de lo que supone el cargamento del “Turquesa”, nada menos que quinientos fusiles, veinticuatro ametralladoras, un lanzallamas, casi dos mil granadas y cerca de medio millón de cartuchos...

- Sí, pero pagados al contado por Indalecio Prieto con fondos del socialista Sindicato Minero.

Al comentar estos episodios, aún calientes, los dos viajeros sentían crecer sus ímpetus revolucionarios:

- Camarada - advirtió Salazar señalando el último ejemplar de “Avance” que hojeaba -, como dijo Peña en el mítin de ayer, para domar al fascio hacen falta fusiles, y si hay que matar gente, pues se mata.

- Eso es - reafirmó Zenón -. Sobre todo, curas. Me gustaría matar cuantos más curas, mejor. No sé quién dijo que nos dan el opio del pueblo con la gracia santificante.

- No, coño, Zenón, eso es aproximadamente de “La verberna de la Paloma”. Quiere decir que la religión es el opio del pueblo, para anestesiar al proletariado y así los burgueses lo puedan explotar.

- Vaya, hombre, ¿por qué no lo dirán así de claro?

- Tengo en el bolso el recorte de lo que escribe en “Solidaridad” José María Martínez, el libertario de Gijón. Escucha: “Los curas se quieren hacer pasar por corderos, pero con dientes de lobo. La fauna católica siempre está sobre las armas. A la clrigalla no le bastan rosarios y sermones para mantener sobre el pueblo su odioso predominio, sino que emplean siempre, sin remilgo ninguno, antes el trabuco y ahora el fusil”,

- Dicen que por la salvación de las almas.

- Querrá decir de las armas.

Rieron.

- ¿Tú crees de verdad que los curas tienen armas?

- Por eso los camaradas de Gijón prendieron fuego a la Iglesia, después de que los jesuitas dispararan contra el pueblo desde las ventanas...

- ¿Los curas?

- Desde una iglesia, ¿quién iba a ser? Me han dicho que uno de ellos, el padre Elorriaga, mató a un manifestante de un tiro de pistola.

-.¿Qué me dices?

- ¿Es que no lo crees?

- Es que lo quiero creer.

- Te diré más: el muerto era un anarquista de Contrueces que se llamaba Tuero, y por eso estos días en Gijón los chavales cantan una copla que dice: “El padre Elorriaga dejó de ser cura porque mandó a Tuero pa la sepultura”.

- ¡No te digo! Hay que acabar con ellos.

- Pero antes conviene tener cuidado porque del “Turquesa” tenemos mucho guardado en sacristías, cementerios y rectorales.

Rieron de nuevo.

Tras un rodeo por la periferia, ya en las estrechas calles del casco antiguo, Isaac de la Fuente y Celso Antuña llegaron por separado ante un pequeño taller de encuadernación de la calle del Águila. Celso llamó a la puerta y, tras ser observado por la

mirilla, le fue franqueado el paso al pronunciar el convenido santo y seña:

- ¿Cómo va mi colección del “Blanco y Negro”?
- ¿Quiere pasar a verla?

Una hora más tarde, llegaban del tren de Mieres Zenón Iglesias y Norberto Salazar, que siguieron los pasos de Celso e Isaac, ligados como ellos a la recién creada Alianza Obrera. Provisos de sus cartulinas, se presentaron en la encuadernación.

Comprobada la consigna y la coincidencia de los cuatro trozos de la tarjeta, José Condal, el anfitrión, cerró el establecimiento y declaró abierta la reunión. La ventana de la sala dejaba ver la esbelta torre gótica de la catedral, donde ondeaba la bandera tricolor de la República.

- ¿Por qué está esa bandera en la torre de la iglesia? – preguntó Zenón al encuadernador.

- Porque anuncia el Jubileo de la Santa Cruz o jornadas de la Perdonanza que llaman ellos.

- ¿Y eso para qué sirve?

- Los carcas creen que si rezan unas oraciones ahí dentro Dios les perdona los pecados y pueden ir al cielo.

- ¡Anda, la hostia!

- Lo que sirve de pretexto - continuó Condal - para organizar las fiestas de San Mateo y entretener a los peregrinos, que dejan aquí sus dineros.

- Pues yo echaría abajo la bandera como primera acción revolucionaria.

- Si llega el caso, todo se andará - admitió Condal -, pero nuestra misión es más importante, compañeros. Para alcanzar el triunfo, hemos de trabajar sobre seguro y empezar por la base, lo que supone una buena información. Éste será nuestro trabajo de esta noche. Habéis sido escogidos por vuestras disposiciones personales y por vuestros contactos con los infiltrados en cuarteles, iglesias, oficinas públicas y los repartidores de Correos. Los datos que consigáis son indispensables para el éxito de la Revolución en marcha...

- ¿Y cuándo empezaremos esa revolución? - cortó Isaac.

- Es inminente. La situación lo pide. Sólo necesitamos un pretexto. Y el pretexto está a la vista: nos lo dará la CEDA con su pretensión de entrar en el Gobierno. Recordad sus proclamas de hace unos días en Covadonga, invocando la Reconquista y la Cruz de Pelayo... Es preciso evitar el ascenso del fascismo y acabar con el clericalismo

- ¡Echaremos abajo la torre, la bandera y la Catedral entera! - dijo Zenón con entusiasmo.

- Verás, camarada -puntualizaba Condal- Derribar la torre con precipitación llevaría tiempo y mucha dinamita. No digamos la basílica. Pero, sobre todo, semejante acción también echaría abajo nuestros planes de acabar a corto plazo con la burguesía y los enemigos del pueblo, que no lo iban a tolerar. Aunque no sé muy bien, muchacho, si con esa propuesta quieres acabar con la Iglesia o con la República...

- ¡Con las dos a la vez! - respondió el interpelado.

- Jo, camarada, tienes que cambiarte el apellido.

Condal resumía a continuación, a modo de consigna, los objetivos de la Alianza Obrera formada a este propósito por toda la izquierda: socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas:

- Nuestra meta es el triunfo de la revolución social y la conquista del poder para la clase trabajadora por medio de la República Socialista Federal frente a la República burguesa. Es decir, a la dictadura del proletariado por la lucha de clases. ¿Está claro?

Los cuatro asintieron. El encuadernador continuó:

-El máximo coordinador de nuestro movimiento es, como sabréis, el presidente del PSOE y secretario general de UGT, camarada Francisco Largo Caballero, aceptado por todas las organizaciones de izquierda que forman la Alianza Obrera, que mandará en España. Y en Asturias con antelación.

- Parece la Gran Promesa del Corazón de Jesús - ironizó Celso.

Todos quedaron como petrificados.

- ¿Qué estás diciendo?

- ¡Joé, no sé por qué os llama la atención! Lo que dijo Condal se parece a lo que ponen las estampas religiosas de nuestras abuelas.

- Bueno, ya está bien de bromas -cortó Condal, un poco mosqueado. Celso volvió a intervenir:



- Un momento. ¿Largo no había sido ministro con la Dictadura de Primo?

- No hay por qué ocultarlo, si lo mencionas como denuncia - precisó Condal -. Puro posibilismo. En nuestro credo, hay que valerse de las estructuras burguesas para erosionarlas desde dentro.

- Supongo que también se intentará en esta ocasión, reconvirtiéndose una república de burgueses en otra de proletarios. En principio, nada que objetar, de parte de un anarquismo clásico que es el que yo represento.

- Bien, en cualquier caso no estamos hoy aquí para filosofar. Pasemos a otro punto. El general en jefe de las operaciones militares en la región será, como ya conocéis, Ramón González Peña...

Celso volvió a intervenir:

- Ex presidente de la Diputación, ex gobernador de Huelva, ex alcalde de Mieres, ex diputado, ex...

Condal replicó, visiblemente irritado:

- ¡Voy a creer que eres un infiltrado!

Celso sonrió con aplomo:

- Camarada, mi credo es estar contra el superior cualquiera que sea.

La reunión concluyó con una serie de minuciosas instrucciones. Los contactos les esperaban a unas horas determinadas de la madrugada en lugares discretos. Allí les facilitarían datos de efectivos militares y de la fuerza pública, situación y vigilan-

cia de arsenales, polvorines y armerías, planos de instalaciones y cuarteles, dispositivos de defensa, eventuales estrategias y planes de acción; inventario de vehículos requisables y de depósitos de carburantes, listas de posibles enemigos y sus domicilios, nombres de los oficiales de la guarnición, párrocos, empresarios y cargos públicos de las derechas... Todo, anotado en la clave convenida.

- Y ahora, compañeros, podéis disfrutar de la fiesta, eso forma parte del camuflaje, pero por separado y hasta las doce de la noche, hora en la que comenzarán los fuegos de artificio y también vuestro trabajo. Sólo en caso de necesidad, usaréis la documentación falsa que se os ha facilitado. Ya sabéis que sois visitantes “mateínos” que habéis venido a la capital para el festejo. Y, por supuesto, nada de alcohol... A las ocho de la mañana, todos en la puerta de atrás que da al patio, por la misma que saldréis ahora de uno en uno - terminó Condal -. Suerte a todos... ¡Salud y Revolución!

- ¡Salud! - corearon los cuatro levantando el puño. Poco después, se dispersaban sigilosamente en las primeras sombras de la noche por las tortuosas callejuelas, iluminadas malamente con anémicas bombillas y macilentos faroles de gas.

Celso Antuña encendió un cigarrillo y se dirigió al parque, deambuló sin rumbo durante un rato por el real de la feria, compró un cucurucho de cacahuetes y ensayó su buena puntería en el tiro al blanco donde consiguió el premio de una

muñecota de trapo. Bajo el quiosco de la música, en La Herradura, las escasas parejas bailaban al compás de un trepidante ritmo recién llegado de Nueva York:

*“Madre, cómprame unas botas  
que éstas ya están rotas  
de tanto bailar... el char-les-tón...”*

Celso paseó la mirada por el entorno y recibió un sobresalto. Allí, entre las chicas que hacían corro, estaba ella... ¿Cuál era su nombre? No consiguió recordarlo. La había conocido aquel verano en la Corrada del Obispo. Sintió que su corazón latía con más fuerza. Era ella, sí, ella, aquella muchacha estilizada y morena, de ojos increíbles y risa franca, con la que había bailado en la verbena y soñado más tarde muchas veces. ¿Luisa?, ¿Marisa?, ¿Isabel?...

Maldijo entonces su mala memoria. Se esforzó por vencer su retraimiento e intentó una aproximación abriéndose paso entre la gente, mas al momento de llegar, la banda municipal atacaba un vals vienés que la joven fue invitada a compartir con un elegante señorito de bigotillo recortado.

La pareja parecía entenderse muy bien dando vueltas al compás del tres por cuatro y en animada conversación. En uno de los giros, Celso creyó escuchar el nombre de Elisa. Trató de ahuyentar un ridículo sentimiento de celos y mantuvo la esperanza de conseguir el próximo baile, pero al comprobar que los entusiastas danzantes continuaban con un “fox-trot”, no aguantó más, se acercó y, según la costumbre, retiró al codicio-